

LA CLASE MEDIA EN LA HISTORIA ARGENTINA

Ezequiel Adamovsky *

La élite dirigente que construyó el Estado argentino lo hizo animada por el proyecto de incorporar al país al mercado internacional como proveedor de materias primas. La implementación de este proyecto significó una rápida profundización del capitalismo: el mercado pasó a definir aspectos cada vez más profundos de la vida de las personas, al tiempo que se erigió un Estado con el poder de moldear y regular las relaciones sociales. Las nuevas actividades económicas y las nuevas funciones del Estado multiplicaron las oportunidades de trabajo. Comerciantes, cuentapropistas, agricultores, empleados, supervisores, profesionales, técnicos, docentes: estos sectores adquirieron un peso mucho mayor que el que tenían, haciendo más compleja la estructura social.

Al mismo tiempo, el cambio económico destruyó actividades y ocupaciones independientes que habían existido hasta entonces y produjo un aumento sin precedentes de la proporción de personas que debían trabajar para otros a cambio de un salario. Como el proyecto de la élite se presentó como un proyecto de "civilización", la discriminación social

y racial que existía desde tiempos coloniales se vio apuntalada. Las personas de pieles oscuras y los criollos con modales "no europeos" fueron inferiorizados y culpados de poner obstáculos al progreso con su "barbarie". Buena parte de las mejores oportunidades que ofrecía el capitalismo fueron aprovechadas por los de pieles más claras (muchos de ellos inmigrantes europeos), especialmente los de la región pampeana.

Los cambios fueron muy rápidos y la cultura tradicional resultó insuficiente para ordenar las nuevas jerarquías. Ya no estuvo claro, como hasta entonces, quiénes formaban parte de la sociedad "respetable" y quiénes no. La escuela, los intelectuales, la publicidad se esforzaron por transmitir nuevas pautas de comportamiento "decente". Además del tipo de ocupación y el nivel educativo adquirido, la urbanidad en los modales, la "buena presencia", el lugar de residencia, el comportamiento de las mujeres de la familia y el consumo se hicieron indispensables para indicar el nivel social que cada cual tenía o aspiraba a tener (y para diferenciarse de los que eran socialmente "inferiores"). En ese mundo de cambios vertiginosos,

* Historiador, autor de "Historia de la clase media argentina: apogeo y decadencia de una ilusión 1919-2003" (Planeta, 2009).



Beatrice Murch / Flags waving
www.flickr.com/photos/82439748@N00/267235153

para muchos era fundamental demostrar que eran merecedores de respetabilidad. Fue en el fértil suelo que ofrecía esa sociedad compleja y cambiante que fue arraigando lentamente, a partir de los años 20, la identidad de "clase media". Imaginarse como "clase media" ofrecía la posibilidad de reclamar para sí la respetabilidad tan ansiada: aunque no pertenecieran a la élite, podían de ese modo dejar en claro que tampoco eran parte de la chusma.

LOS USOS POLÍTICOS DE LA CLASE MEDIA

La nueva identidad de clase media no surgió de modo casual ni espontáneo. La expresión "clase media" comenzó a ser utilizada por ciertos intelectuales a partir de 1920 con fines políticos precisos.

En enero de 1920, Joaquín V. González pronunció un discurso en la Cámara de Senadores que provocaría polémicas. Allí llamó a sus colegas a ocuparse de la "clase media", "la clase más general de la república, la que no hace huelgas ni puede imponer su razón". En su discurso, González contrapuso a esta benéfica "clase media" una clase obrera compuesta en su mayoría por "extranjeros no deseables", que habían arribado a la Argentina con "rencores" y "teorías extremas". González era uno de los políticos más importantes y probablemente el intelectual más lúcido

de la élite que conducía el país antes de la apertura democrática. Su obra está marcada por la inquietud por el problema de las revoluciones y las "pasiones desenfrenadas de las masas". Pero sólo comenzó a prestar atención a la clase media en 1919, hacia el final de su vida. Le preocupaba por entonces la oleada de activismo obrero y las simpatías que cosechaba la Revolución rusa en la Argentina. Recordemos que la Semana Trágica había sacudido al país en enero de 1919. A ella le siguió una inédita oleada de huelgas de empleados de "cuello blanco" (bancarios, oficinistas, etc.) e incluso de estudiantes, causando gran impresión en toda la sociedad "decente". González concibió entonces la idea de replicar en Argentina lo que sus colegas europeos venían haciendo con cierto éxito. Se propuso instigar un orgullo de "clase media", como para separar el reclamo de unos y otros, convenciendo a un sector de la población —especialmente a los empleados— de que pertenecían a una clase diferente a la de los obreros, más "respetable", y que, por ello, no debían mezclarse en la calle con aquellos.

El de González probablemente haya sido el primer discurso en el que se habló públicamente sobre la clase media. Hasta entonces, la misma expresión era poco conocida. Predominaba en la sociedad argentina una imagen binaria de la estructura social. Estaba la gente



“bien” por un lado y el populacho por el otro. No se reconocía entonces que hubiera ninguna clase intermedia. Buena parte de los empleados de comercio, docentes, telefonistas y chacareros que ese año marcharon a la huelga se sentían parte del pueblo trabajador. No existía por entonces ninguna identidad de clase media.

De hecho, la prensa obrera recibió el discurso de González con una mezcla de repudio y extrañeza. Se desató entonces lo que debe haber sido la primera polémica pública sobre la clase media argentina. El diario socialista *La Vanguardia* impugnó “los falsos distinguos” de “ciertos sociólogos”, como González, que pretendían dividir en clases diferentes a obreros y empleados, siendo que había “una perfecta solidaridad y una suerte en común entre unos y otros”. Los anarquistas de *La Protesta* fueron aún más lejos, argumentando que en realidad las clases sociales eran sólo dos: “la clase que él defiende no existe”, escribieron. La maniobra político-cultural que pretendía realizar González les resultaba perfectamente evidente: se proponía modificar la percepción que los argentinos tenían acerca de la sociedad y, por ende, acerca de sí mismos. Pretendía quebrar las fuertes solidaridades que se venían tejiendo entre obreros y empleados, convenciendo a estos últimos de que no eran parte del pueblo trabajador, sino de una “clase media” más respetable, que por ello debía adoptar un papel de fuerza moderadora y alejarse de los disturbios callejeros y de las ideologías anticapitalistas. González se proponía, en fin, meter una cuña entre ambas, buscar aliados políticos en alguna parte de lo que hoy llamamos los sectores medios para contrarrestar el avance de las luchas obreras.

Otros políticos e intelectuales de derecha colaboraron por entonces con la operación político-cultural de González. Sin embargo, la operación “clase me-

dia” tuvo por entonces éxitos limitados. A pesar de los esfuerzos empleados, no se desarrolló entonces una verdadera identidad de clase media. Es decir, la idea de que existía una clase media diferente del bajo pueblo no consiguió hacerse carne en un amplio sector de la población. Durante los años 20 y 30, otros políticos –liberales, conservadores, católicos, nacionalistas y algunos de la Unión Cívica Radical– comenzaron a aludir públicamente a la “clase media” y a interesarse por su suerte, con finalidades similares. A partir de entonces, muy lentamente, se evidenciaron signos de que la “clase media” comenzó a arraigar como una identidad entre personas comunes, dejando de ser así un mero concepto utilizado por los intelectuales.

LA CLASE MEDIA Y EL PERONISMO

La identidad de clase media sólo se haría carne en un amplio sector social varios años después, con el surgimiento del movimiento peronista. La presencia y el protagonismo que la parte más plebeya de la sociedad argentina adquirió a partir de 1945 generaron una reacción de rechazo a la que se sumaron tanto personas de clase alta como muchas personas de lo que hoy llamamos sectores medios. Lo que más irritaba a unos y a otros no eran tanto las mejoras salariales que rápidamente comenzaron a obtener los trabajadores, sino el hecho de que las jerarquías sociales tradicionales se vieron profundamente alteradas. A los patrones les molestaba la indisciplina de los trabajadores y la constante intromisión de sus delegados y sus sindicatos en todas las cuestiones. Pero no fueron sólo las jerarquías del ámbito laboral las que se vieron alteradas: el vendaval del peronismo sacudió varios de los pilares que definían el lugar de cada cual en la sociedad. De pronto, todo aquello que había sido invisibilizado, silenciado o reprimido por la cultura oficial se había hecho presente y, para colmo, se había vuelto *político*. Los

hombres y mujeres pobres que vivían en los márgenes de la coqueta Buenos Aires invadieron la ciudad: el 17 de octubre de 1945 los obreros habían conquistado esa ciudadela blanca y de "buena presencia" que de mil maneras les hacía sentir que no era suya. Llegaron con sus ropas pobres y sus modales groseros y, contra todas las reglas de urbanidad, retozaron en las plazas con sus cuerpos sudorosos a la vista y refrescaron sus pies en el agua de las fuentes. Y como ese día la victoria fue suya, en adelante ya nunca más pidieron permiso. El mero hecho de ocupar las zonas céntricas se convirtió para ellos en un gesto *político*, un ritual que repitieron una y otra vez.

La misma actitud desafiante se reiteró entonces con todas y cada una de las normas de respetabilidad y "decencia" que venía inculcando desde hacía décadas la cultura oficial. La plebe las puso en cuestión una por una, haciendo de cada desafío un gesto político. Durante años, los pobres habían tenido que escuchar sermones sobre la limpieza y la forma correcta de vestirse, y ahora resulta que ser un "descamisado" y un "grasa" tenía un valor positivo. Durante años se había venido moldeando un ideal de la conducta culta y "educada", y ahora se había llenado el Congreso de "brutos" sin educación. Los ideales de decencia y de jerarquía familiar también fueron en alguna medida puestos en cuestión. Los jóvenes peronistas colmaron el movimiento de ese espíritu festivo, irreverente y soez que desde entonces le es tan típico. Las mujeres peronistas se presentaban sin ningún recato cantando "Sin corpiño y sin calzón/Somos todas de Perón". Evita, una hija ilegítima, llegaba a primera dama. La plebe también politizó con sus gestos la cuestión del origen étnico y el color de piel, desa-

fiando el mito de la Argentina blanca y europea. De pronto, allí estaban ellos, exhibiendo sus pieles oscuras o atreviéndose a hablar en quechua o guaraní en la ciudad porteña, como reseñaba asombrado el diario Clarín, o trayendo una inédita caravana de kollas que venían desde el Noroeste con la esperanza de que Perón hiciera algo para que sus tierras les fueran devueltas, durante el famoso "Malón de la paz" de 1946. En fin, se había hecho presente la plebe en la alta política, sin pedido de disculpas.

Fue el rechazo de las políticas de Perón, pero por sobre todo a ese nuevo protagonismo de los "cabecitas negras", como se los llamaba en obvia referencia a



Beatrice Murch / ProQuest at Plaza Evita
www.flickr.com/photos/beatrice2005/26160644



Hernán Pflieger / El legado de Evita / the legacy of Evita Peron
www.flickr.com/photos/767130876/7468322030

su color, lo que terminó de aglutinar socialmente a un vasto sector de la sociedad que, finalmente, adquirió una identidad de "clase media". En efecto, es recién en los años 40 que aparecen indicios de que un grupo social importante hizo propia la identidad de clase media. Nunca había habido hasta entonces una coalición tan amplia y una coincidencia de reclamos tal entre los diversos sectores de lo que desde entonces se llamó la clase media. Sólo el horror a las políticas de Perón y a la indisciplina social había conseguido juntarlos. Esta identidad nació así marcada por las condiciones de su alumbramiento. Por omisión, fue antiperonista; buena parte de esa identidad quedó constituida por el mito de la Argentina blanca y europea, la Argentina de los abuelos inmigrantes, por contraposición implícita o explícita con el mundo criollo y mestizo de la clase baja. Por un camino inesperado, finalmente la identidad de clase media terminó desempeñando la función que Joaquín V. González había soñado para ella: la de dividir y enfrentar profundamente a dos sectores de la sociedad.

DE LOS AÑOS 60 A LA DEMOCRACIA

La fractura social que el surgimiento de la identidad de clase media había colaborado en crear marcó de mil maneras la política nacional desde entonces. El enorme apoyo social que acompañó a la Revolución Libertadora que derrocó a Perón en 1955 (incluso cuando en 1956 fusiló a decenas de personas) es impensable sin considerar los efectos de esa identidad.

Pero la imagen de la clase media y de su lugar en la nación sufrirían severos cuestionamientos. En los años 60, un creciente giro hacia la izquierda, protagonizado tanto por los peronistas como por diversas agrupaciones marxistas, afectó a todas las áreas de la vida nacional, incluyendo las identidades. Las ideas que se vieron fortalecidas con este giro izquierdista buscaron volver a colocar al trabajador en el lugar de personaje central del desarrollo argentino y de la nación socialista que se intentaba construir. Aunque una gran proporción de los militantes de izquierda pertenecían a los sectores medios, la clase media fue atacada por su incompreensión de los problemas nacionales, por su desprecio a los más humildes y por su alineamiento con los poderosos, entre otros males.

Por supuesto, esto no significó la desaparición de la identidad de clase media, que resistió los embates permaneciendo firme en su arraigo. La dictadura iniciada en 1976 acabaría no sólo con la vida de decenas de miles de militantes y con sus organizaciones: sus políticas económicas también redujeron el peso social de los trabajadores. La represión y la estigmatización de todas las ideas y proyectos de cambio social que los habían colocado en un lugar central del futuro nacional dejaron el terreno libre para la victoria final de la "clase media" como encarnación indiscutida de la argentinidad.

La dictadura desplazó al "pueblo" como sujeto central de la historia nacional. Su reemplazo por la clase media se hizo evidente con el resultado de las elecciones





de 1983. En aquellos comicios, por primera vez el peronismo –que hasta entonces había sido la expresión política de las clases bajas y, por ello, de la mayoría de la nación– perdió una elección sin que mediara el fraude o la proscripción. Raúl Alfonsín, de la UCR, resultó elegido presidente. Leído como un triunfo de esa clase, el alfonsinismo contribuyó a reforzar aun más el orgullo de la “clase media”, que reclamó para sí el lugar de garante de la democracia recobrada.

NEOLIBERALISMO Y CRISIS

Sin embargo, para entonces ya estaba en marcha el drástico programa de reforma de la sociedad que impulsaron los sectores económicos más poderosos. El neoliberalismo significó un cambio dramático en diversos aspectos de la vida social, desde la economía hasta la cultura. Los mecanismos de regulación económica en manos del Estado fueron desmantelados y los trabajadores fueron despojados de muchos de los derechos sociales y las garantías laborales que habían conseguido a través de décadas de lucha. A partir de 1975, y todavía más claramente a partir de la asunción de Carlos Menem en 1989, la riqueza se concentró en pocas manos a medida que la gran mayoría de la población se vio empobrecida. La identidad de clase media prestó un gran servicio a este proceso en sus años iniciales. Para implementar las medidas neoliberales era preciso terminar de quebrar las solidaridades sociales amplias que se habían forjado en los años 70. El orgullo de clase media, con su tradicional componente antiplebeyo, podía ser utilizado para dividir y enfrentar al cuerpo social, y así lo hicieron algunos de los propagandistas del nuevo modelo.

Pero la victoria neoliberal significó a la vez una profunda ruptura en el universo mental y en la cohesión de los sec-

tores medios. En la década del 90 hubo ganadores y perdedores. Mientras una parte de la clase media festejó los cambios (fuera porque había logrado salir beneficiada o porque imaginaba que podría mejorar su condición), otra parte, cada vez más amplia, se vio empobrecida. Buscando la manera de resistir y enfrentar las políticas menemistas, una parte de los sectores medios fue reconstruyendo lazos de solidaridad con las clases más bajas.

Durante estos años, la identidad de “clase media” se vio modificada o incluso debilitada, a medida que muchas personas comenzaban a percibirse como miembros de una “clase media empobrecida” o incluso se resignaban a aceptarse como parte de los “nuevos pobres” que nutrían la clase baja. La magnitud de la crisis de 2001, cuando el modelo económico de la convertibilidad finalmente estalló, fue tal que la cercanía entre los sectores medios y los más pobres y los lazos de solidaridad entre ambos se hicieron más fuertes que nunca. Aunque tímidamente, se pudo percibir, durante un breve lapso, un incipiente proceso de “desclasificación”.

Por supuesto, no es que las diferencias de clase hubieran desaparecido, pero sí se vieron erosionados algunos de los muros que tradicionalmente separan unas de otras. No casualmente Eduardo Duhalde –el presidente provisional elegido por el Congreso luego del estallido, quien se propuso poner fin a la crisis, recuperar la legitimidad del Estado y encauzar nuevamente el capitalismo argentino– fue uno de los que más halagó, pública y explícitamente, a la “clase media”. Buscaba reforzar de ese modo una identidad que se hallaba en crisis y evitar que siguieran erosionándose los muros que la separan de la clase baja. Su sucesor, Néstor Kirchner, también hizo de la recuperación del orgullo de clase media una piedra central del ansiado regreso a lo que él llamó un “país normal”.



CLASE MEDIA Y DESPUÉS...

Varias veces durante la historia argentina se intentó fortalecer una identidad de clase media con fines "contra-insurgentes", es decir, para dividir y debilitar momentos de intensa movilización social que tendían hacia la unificación entre las clases más bajas y aquellas situadas en una posición un poco mejor, algo que obviamente amenazaba los intereses de los poderosos y/o la autoridad del Estado. Al menos en tres contextos precisos –el derrocamiento de Perón en 1955, la aceptación del modelo neoliberal en los 90 y la salida de la crisis de 2001–, la identidad de "clase media" desempeñó un papel clave. En los tres casos sirvió para dividir y enfrenar al cuerpo social, generando corrientes de opinión favorables a los proyectos de la élite o debilitando posibles resistencias.

En el actual momento de la política argentina, no casualmente comienza a someterse a una crítica profunda a las identidades en las que nos hemos formado, y en particular al mito del país blanco, europeo y de clase media, el mito del "país normal" que supone que el bajo pueblo es siempre un obstáculo para el progreso, obstáculo que es necesario erradicar de algún modo. Esto no puede sino ser saludable.

Pero, dicho esto, existe un cierto modo de pensar la cuestión del papel político de la clase media que resulta hoy paralizante. Las personas progresistas, peronistas o de izquierda suelen tener una serie de estereotipos sobre ese sector social que de algún modo son una réplica de aquellos que difundieron los políticos e intelectuales liberales y de derecha, sólo que valorándolos de manera inversa. De alguna manera, estamos siempre demasiado predisuestos a, como señaló una vez el ex vicepresidente Carlos Chacho Alvarez, "sacar el librito de Jauretche". En muchos sectores progresistas se re-

pite que la clase media nunca comprende los problemas nacionales, que imita servilmente las costumbres de la burguesía, que oscila entre la clase alta y la baja pero termina siempre apoyando a la primera, que tiene siempre puesta la mirada en Europa, que desprecia a los pobres y que es racista y discriminatoria, etc. Estos estereotipos vienen de los años de la Revolución Libertadora y la resistencia peronista. En ese entonces los convirtieron en sentido común Jauretche y otros de los grandes ensayistas de los años 50 y 60, como Juan José Sebrelí, Jorge Abelardo Ramos, Jorge Enea Spilimbergo, entre otros. Esos estereotipos todavía condicionan fuertemente el modo en que pensamos el papel político de la clase media.

Pero son estereotipos porque, aunque indudablemente tienen algo de verdad, oscurecen el hecho de que en muchos momentos de la historia nacional se tejieron fuertes lazos de solidaridad entre la clase trabajadora y amplios sectores medios. Esos lazos existieron en el contexto de 1919, en los años 30, por supuesto en la radicalización de los sectores medios (especialmente los jóvenes) en las décadas del 60 y 70 y, más recientemente, en las extraordinarias experiencias de solidaridad que marcaron la crisis de 2001 y el "año extraordinario" que le siguió, para retomar la expresión de Maristella Svampa. La clase media no es necesaria e inevitablemente un conglomerado social con las características que le atribuyeron los ensayistas de los años 50 y 60. El desafío político del momento pasa por volver a pensar, sin prejuicios ni estereotipos, el modo de construir lazos de solidaridad entre todos los que no formamos parte de la clase dominante. Porque sin fortalecer esos lazos es impensable cualquier cambio más o menos profundo, cualquier política capaz de limitar el avance del capital sobre nuestras vidas ■